

Un pasaje de Estrabón sobre el peán cántabro, el famoso canto de Lelo y un detalle de métrica del Mío Cid

En Estrabón encuentran el arqueólogo y etnógrafo, el estudioso de nuestras antigüedades, un arsenal de datos relativos a puntos variados de la civilización tanto material como espiritual, de las etnias que hace 2.000 años poblaban el suelo de la Iberia.

Pero el grupo cántabro resulta, sin duda, el más favorecido en esta mies de referencias históricas o legendarias debidas a los autores greco-latinos, por razones de su conquista feroz y última de las peninsulares.

Sin embargo, los cántabros, según el mismo Estrabón, pertenecen a un círculo cultural más amplio —llamémoslo «atlántico», y que abarcaba todas las poblaciones montañosas del Norte, desde Galicia hasta Vasconia. Caro Baroja ha desbrozado metódicamente el campo de su investigación, si no resuelto, en todos los aspectos, lo complejo de su constitución.

Sobre las costumbres cántabras, en particular, el geógrafo-historiador emite juicios de valor, en confrontación con la que para él constituía la civilización ideal, la griega en una palabra. Así distingue p. e. el fanatismo bárbaro de morir cantando en el suplicio, y otras prácticas, aunque menos pulidas, pero no totalmente bárbaras como la ginocracia...

Sobre el punto que interesa al presente artículo leemos en Estrabón: «Se cuenta también en los cántabros este rasgo de loco heroísmo: que habiendo sido crucificados ciertos prisioneros, murieron entonando himnos de victoria» (o «peán, παῖόν»).

No es exclusivo naturalmente de los cántabros este heroísmo, ni